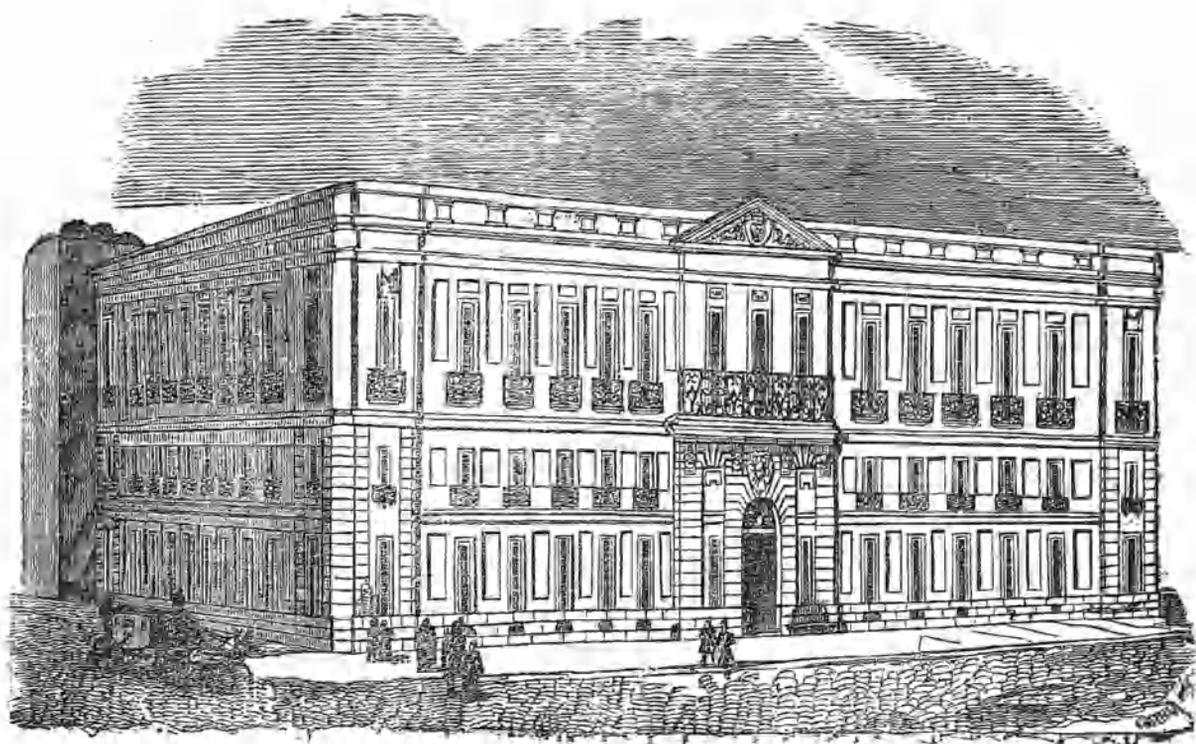


MADRID ARTISTICO.



LA CASA DE CORREOS.

HASTA el feliz reinado del Sr. D. Carlos III el aspecto general de Madrid estaba muy lejos de ostentar la magnificencia y buen gusto que debían distinguir á la capital de la monarquía que dictaba ó había dictado leyes á Méjico y Lima, Amsterdam y Bruselas, Nápoles y Lisboa.

Destinadas las orillas del humilde Manzanares como centro de tan vasto imperio, solo había podido alcanzar en el siglo y medio que le habitaron los reyes de la dinastía austriaca la fundación de un gran número de conventos, que si bien demostraban su piedad religiosa, y encerraban en su interior grandes riquezas artísticas, no eran muy á propósito para dar á la población un aspecto halagüeño, ni respondían á las grandes necesidades que naturalmente habían de exigir las oficinas de la corte. Así que estas para su establecimiento hubieron de echar mano de los antiguos caserones de la nobleza madrileña, y convirtiéronse en morada de los tribunales ó consejos superiores y en oficinas públicas las casas del Duque de Uceda, y de Cisneros, las de los Luzones, Vargas, Castillas y Monroyes. La grandeza en tanto, obligada por su permanencia en la corte, á levantar otros palacios para su habitación, lo verificó generalmente con poco gusto; y todos los de aquella época, aunque sobremanca estensos, carecen por lo regular de elegancia y primor artístico.

Pero desde que el primer monarca de la casa de Bor-

bon hizo construir el nuevo Real Palacio, y otros varios edificios, llamando para ello á los arquitectos mas acreditados de Europa, fue variando sensiblemente el aspecto de la capital, y adquiriendo ese aire de juventud y gentileza que hoy constituye su principal agrado. Mas ni las muchas y costosas obras de Felipe V, (en las cuales domina por lo general el desdichado estilo de Churriguera y del Italiano Bernini) ni los posteriores de su hijo y sucesor Fernando el VI, eran bastantes á borrar del todo el aspecto mezquino de la capital. Necesitábase para ello que el gran rey que había sabido embellecer su antigua capital, que había desenterrado á Herculano, y edificado á Caserta, ascendiese del trono de Nápoles al trono Español, y trajese en pos de sí los recuerdos de la antigua Roma, la grandeza y poesía de las artes italianas.

No le bastó á Carlos III su vida para llevar á cabo sus grandiosas ideas respecto á la capital: no alcanzaba tampoco su época este grado de comodidad general y este desarrollo de buen gusto que ostentan hoy las ciudades, inclusa Madrid; no podía borrar con atrevida mano, y sin aguardar al transcurso del tiempo la fisonomía peculiar de un pueblo de humilde aunque antiguo origen; no le era dado, en fin, improvisar los tesoros, los artistas, los medios materiales, para hacer nacer como al toque de una vara mágica aquella regia ciudad, que sin duda debía

responder á la grandeza de tan poderoso soberano. Mas sin embargo ¡Cuántos y qué gigantescos pasos no supo dar en la reforma proyectada! ¡qué de monumentos públicos no quedan aun para atestiguar su voluntad!

La Puerta de Alcalá, hermoso arco triunfal erigido para celebrar su llegada á Madrid: el magnífico paseo del Prado con sus lindas fuentes: la Aduana: el Museo de Pinturas y el de Historia natural: el Jardin Botánico: el Observatorio astronómico: la platería de Martínez: la Imprenta nacional: el Convento de S. Francisco: el Hospital general: La Puerta de S. Vicente y las caballerizas reales: el Canal de Manzanares; la casa de Grémios; la de los Ministerios; la de Correos... ¿qué diremos? casi todo lo que hay de notable en Madrid; todo pertenece al gran Carlos III... ¡y sin embargo no se ostenta como debiera en medio de la puerta del Sol la estatua de este buen rey, de este hijo de Madrid, y verdadero fundador de su capital...!

Sin duda que algunos de aquellos edificios pudieron ser dirigidos con mas acierto, y que medidos con el compas de los inteligentes, pudiera alegarse contra ellos severos cargos artisticos: pero estos mismos inteligentes y eruditos criticos, contemporáneos y postumos, no han acertado á hacer nada comparable desde Carlos III acá... y eso que no han faltado épocas en que se han concedido premios, y se han prodigado tesoros... ¡y que hemos visto por resultádo?... El

teatro de Oriete, la puerta de Toledo, y las cabañas rusticas del Retiro.

La casa de Correos, cuya vista estampamos al frente de este artículo, es uno de aquellos edificios que han obtenido, y no sin razon, la preferencia de la crítica. Háse alegado en contra la pesadez de su conjunto; la elevacion extraordinaria del patio; la poca elegancia de sus galerías; la dudosa situacion de su escalera principal; hasta se ha dicho que esta se le olvidó al arquitecto, y que tuvo que colocarla postiza.

Este arquitecto era francés, y se llamaba D. Jayme Marquet. Trájole de París el Duque de Alba cuando vino de su embajada, y le trajo con el objeto de entender en el arreglo del empedrado de Madrid. Florecia por entonces en nuestra capital el mas aventajado de los modernos arquitectos españoles, el célebre D. Ventura Rodriguez, y parece que entre sus varios y magníficos planos, trabajados para toda clase de obras, tenia presentados unos para casa de Correos: pero desgraciadamente la envidia ó la intriga artistica que siempre le persiguió, hizo dar la preferencia á los de Marquet, por lo cual sin duda, y por la circunstancia de dirigir Rodriguez como arquitecto de la villa las obras del empedrado, se dijo entonces "Al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador."

Sin embargo, no dejó de haber alguna injusticia con

Marquet, pues no solo en esta casa dejó consignado su gusto mas ó menos bueno en arquitectura. Mucha parte del sitio de Aranjuez es obra suya, y dirigió en Madrid otras casas principales; mas volviendo á la que nos ocupa hoy, no puede negarse que, si bien carece de aquel carácter grandioso y monumental de un edificio público tan vasto como debe ser el Correo general; si acaso en su distribución interior no reúne todas las comodidades que serian de apetecer, ofrece sin embargo en su conjunto cierta elegancia y orden, que unido á su considerable estension y la situacion céntrica que ocupa en la famosa Puerta del Sol, le hacen ser uno de los edificios mas marcados de Madrid. Por esta razon nos ha parecido del caso ofrecer á nuestros lectores esa vista de él y acompañarla con estos ligeros apuntes.

ASTRONOMIA.

COMPARACION DE LOS PLANETAS JUPITER Y SATURNO.

VARIAS han sido las ocasiones en que el Semanario Pintoresco ha tenido proporcion de tratar sobre la interesante y agradable materia de astronomía; en el tomo 1.º, pág. 177, donde se da una idea del sistema planetario, juntamente con un grabado en que se manifiesta los descubrimientos hechos en la Luna, y en el tomo 3.º, páginas 490 y 95 sobre los cometas.

Una vez manifestada aquella teoria sobre el sistema planetario, tratáremos hoy de los dos planetas mas notables, Júpiter y Saturno, y sus respectivos satélites, representados en el grabado que va á la cabeza del artículo.

El planeta Saturno (n.º 1) es el mas notable por el anillo que le rodea, y que es su distintivo peculiar. Distinguese fácilmente con la simple vista, y como su movimiento es muy lento, parece una estrella fija, por lo que hace á su luz macilenta y rojiza. Este planeta es cerca de 900 veces mayor que la tierra, y el sol le comunica solamente una parte octava de luz á proporcion de la que comunica á la tierra. El movimiento de rotacion sobre su eje le ejecuta en diez horas y media, pero en el de su órbita emplea 23 años, 5 meses y 14 dias, á distancia de 323 millones de leguas del sol.

Saturno tiene 7 satélites, á diferencia de Júpiter que solo tiene cuatro, y se parece á este último en que tiene tambien varias fajas ó bandas, aunque no tan notables como las de Júpiter, pero que con todo sirvieron á Herschell para determinar su movimiento de rotacion.

Pero lo mas notable en Saturno es su anillo que tanto dió que pensar á los antiguos astrónomos, á fines del siglo XVII, hasta el punto de asegurar *Hévelius* en 1647 al escribir su *Selenografía* que no comprendía que cosa eran aquellas asas de Saturno. Con todo 10 años despues escribió una obra en que distinguía seis facces en este planeta, á las cuales distinguió con otros tantos nombres griegos, para su mejor inteligencia. Por fin *Huyghens* fue el primero que acertó con su verdadera causa.

El haber dado el nombre de asas á los dos extremos del anillo consiste en que así aparecen á la vista cuando toma un figura elíptica (cual se ve en el grabado) y en

este caso suelen verse las estrellas por el intervalo que media entre el anillo y el disco del planeta.

Este anillo es una banda luminosa que ciñe al planeta sobre el plano de su ecuador, pero sin tocarle, pues se halla separado de él á tanta distancia como es su anchura, y que se presenta á nuestra vista bajo diferentes figuras segun son las inclinaciones y vueltas que da el globo de Saturno. Para explicar esto Mr. *Biot* supone que este anillo ó banda era un satélite, ó por mejor decir, una aglomeracion de satélites, y por consiguiente que giraba al rededor de Saturno como gira la luna al rededor de la tierra de quien es satélite. Segun los cálculos de *Herschell* debe haber entre Saturno y la estremidad de su anillo una distancia de 14,444 leguas.

Cuando se hacen las observaciones sobre este anillo con anteojos de mucho alcance, se ven sobre él varias líneas negras y concéntricas semejantes á la que espresa el grabado que va á la cabeza de este artículo en dicho anillo.

Por lo que hace á Júpiter (n.º 2) es tambien muy notable, por ser el mayor de los planetas, pues aunque á nuestra vista parece pequeño, consiste esto en la distancia tan considerable á que se halla de nosotros; su volúmen es 1470 veces mayor que el de la tierra.

Su movimiento es sumamente rápido, pues concluye el que tiene sobre su eje en 9 horas y 46 minutos. La gran distancia á que se halla del sol hace que le comuniquemos menos luz y calor que á nosotros. Las noches en dicho planeta son muy cortas; pero siempre alumbradas por algunas de las 4 lunas y satélites de que hablaremos luego, y que nunca se eclipsan todas á la vez.

Otra de las propiedades de Júpiter consiste en ser el mas resplandeciente despues de Venus. Distinguese en él cuando se le observa con el telescopio unas fajas blanquecinas paralelas á su equador y bastante irregulares, pues suelen desaparecer ó refundirse, siendo por consiguiente mas ó menos anchas; su duracion tampoco es igual. Esto ha hecho pensar que dichas fajas ó bandas blanquecinas son nubes levantadas por los vapores del planeta, y transportadas por los vientos de una parte á otra. En esta hipótesis las masas negras sobre que se estenden dichas bandas deben ser el cuerpo opaco del planeta.

Fueron descubiertas estas bandas por primera vez el año de 1633 en Nápoles por dos jesuitas. *Hévelius* en su obra citada supone que estas bandas eran paralelas á la eclíptica; pero *Casini* asegura que mas bien son paralelas al mismo equador de Júpiter.

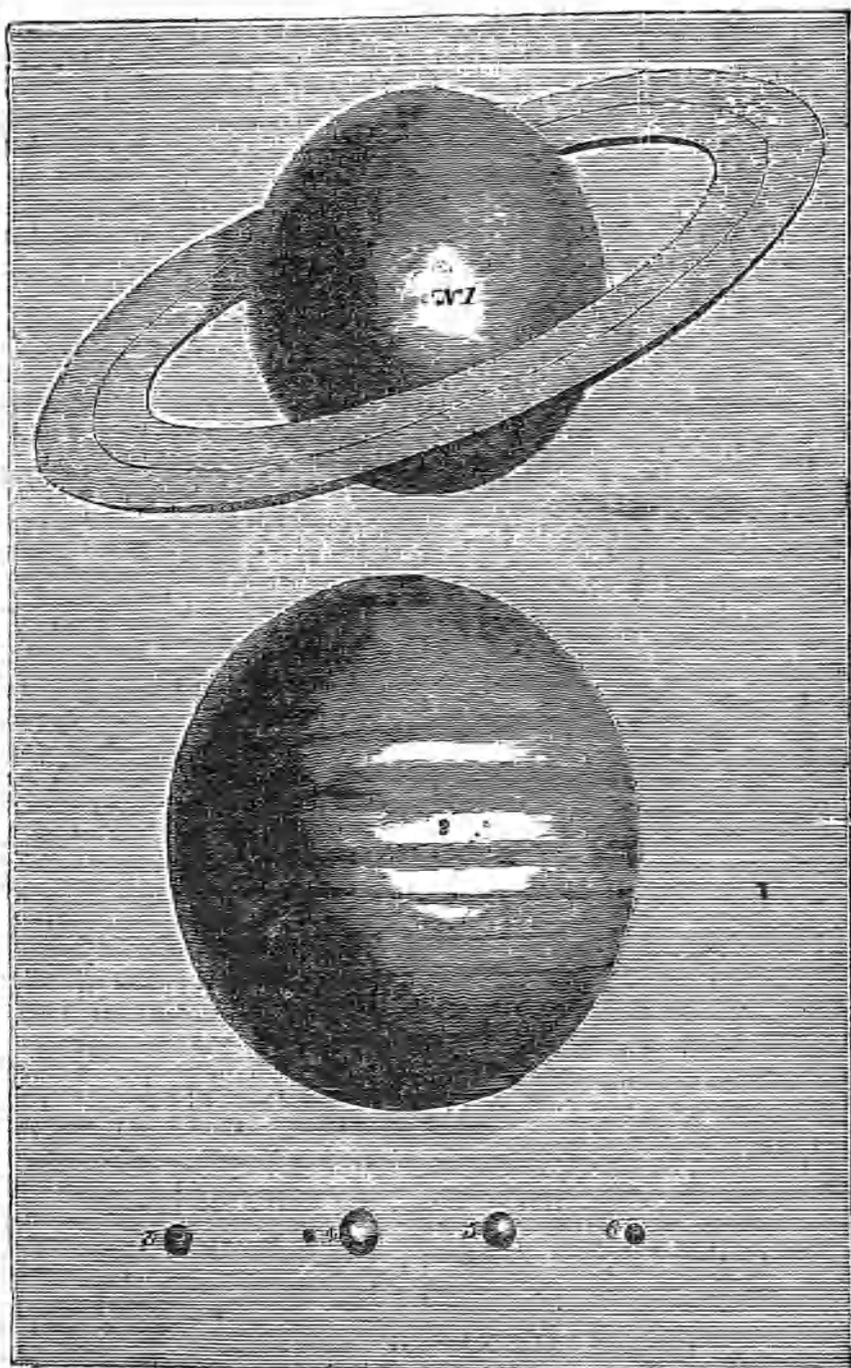
Júpiter, segun hemos dicho, tiene cuatro satélites (números 3, 4, 5 y 6) que se llaman primero, segundo etc., no segun su mayor volúmen, sino por la proximidad al planeta. Fueron descubiertos por Galileo el dia 7 de enero de 1610. Todos ellos tienen las órbitas casi paralelas al plano del equador ó centro del planeta. Estas órbitas son circulares, excepto la del tercero que es algun tanto escéntrica, y mas aun la del cuarto.

Estos satélites, que son para Júpiter lo que la luna para la tierra, tienen mucha analogia con ella hasta en su movimiento, pues se ha descubierto que vuelven siempre á Júpiter la misma faz, y ademas que solo dan una vuelta sobre su eje entre tanto que recorren toda su órbita. Tambien observan las mismas reglas para los eclipses, pues cuando uno de ellos llega á estar entre Júpiter y el sol, proyecta sobre aquel su sombra mayor ó menor segun es su volúmen; y por el contrario se les ve desaparecer cuando se sitúan detras de Júpiter, de lo cual se infiere tambien que uno y otros son opacos.

Estos eclipses de los satélites de Júpiter se calculan tambien con mucha puntualidad y anticipacion, en las tablas astronómicas, y por consiguiente son uno de los ré-

ursos que tienen los marineros para determinar las latitudes.

El primero que hizo tablas astronómicas bastante exactas acerca de estos satélites fue Casini en 1668.



NOVELA ARABE.

EL AMOR.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

Avon mi padre y su hermano Yusef, entrambos hijos de Hermin, de la tribu de Asra, cuyos hijos fueron siempre famosos por la fidelidad de sus afecciones, nacieron en Fez, en donde los abuelos de sus abuelos fijaron su

residencia, cuando en tiempo de Muza fué conquistado el Mogreb por las lanzas invencibles de los hijos del Yemen. Uno y otro se contaban como oficiales de la guardia árabe, entre los primeros servidores de los hijos de Edris, que reinaban entonces en las provincias de Africa, teniendo por protectores y soberanos á los califas, hijos de Omeyah. Habiéndose hecho estimar, y dádose á querer en el desempeño de sus cargos, disfrutando los derechos de su noble sangre; y participando de la abundancia del palacio, no faltaba otra cosa para su felicidad que la bendicion de una numerosa familia. Yo fui el hijo único que mi madre Fathmá dió á mi padre; y la esposa de mi

no dejó á este mas que una hija, que no pudo la desventurada alimentar con su leche, porque murió al darla vida."

"Leila (1), mas jóven que yo algunos años, participó de los juegos de mi infancia, y yo la amaba al principio como á una hermanita, débil vástago que la naturaleza confiaba á mi proteccion. Pero luego, acercándose la edad de la adolescencia, nos separaron al uno de la otra; y mientras que yo entraba en las escuelas para iniciarme en todos los estudios que no debe ignorar un hombre de mi nacimiento, ella se retiró en casa de su padre, para habituarse al recogimiento y á la práctica de los cuidados domésticos, que son los deberes de una esposa y de una madre."

"Cuando yo habe pasado algunos años en el colegio imperial de Fez, en donde los jóvenes árabes, despues de haber recibido la instruccion comun de la *Madrasah*, penetran en el santuario de los estudios recónditos; cuando ya sabia leer en su propia lengua á Tolomeo, Euclides é Hipócrates, y que habia enriquecido mi memoria con la ciencia de nuestros ascendientes agregada á la ciencia de los antiguos; entonces determinaron mis padres el lugar que yo debía ocupar en el mundo. A pesar de las lágrimas de mi madre, que veia con pena el fruto único de sus entrañas entregado á los azares de la guerra, fui destinado á la carrera de las armas. Esta era la que habian seguido todos mis ascendientes, y el alto rango que ocupaban aun en el ejército los dos gefes de mi familia, dándome esperanza de ascender en él como ellos habian ascendido, determinó la eleccion de mi padre; y fui por consiguiente alistado en la guardia árabe del Emir. Yo amaba con pasion los caballos, las armas, los torneos, y pronto olvidé en el tumulto de los juegos militares las vigilias estudiosas de mi adolescencia.

En la misma época en que yo entré en este cuerpo de escogidos, fué cuando las colonias bereberes que habitan mas allá de los montes Daren, agitadas por las predicaciones de un impostor á quien tomaron por otro enviado de Dios, rehusaron el tributo al Emir. Tú sabes, ó hijo de El Mansur, la historia de esta revuelta impia que tu brazo ha castigado. Tú sabes que las tribus rebeldes, olvidando á la vez la obediencia debida al gefe de los creyentes, y la ortodoxia de su fé, hasta amotinaron contra los hombres del Oriente, contra los hijos del Yemen, todos los hombres del Occidente, cuyos padres fueron vencidos por los nuestros. Ellos eran numerosos, y nosotros débiles; ellos ocupaban las montañas, las campiñas, las costas, y nosotros no habitabamos mas que el interior de las ciudades. Sublevada luego toda la nacion contra nosotros por los odios de la sangre morana, declaró una guerra implacable á la sangre árabe. Bloqueados en nuestras murallas; no pudimos recoger las cosechas que habiamos sembrado; nuestras campos fueron devastadas como por una pedrisca de los cielos; nuestras casas incendiadas, degollados nuestros erijados, y la ciudad que nos servia de refugio, asediada en fin por una multitud embriagada ya de sangre y de pillage. No allijiré yo tu alma con la triste narracion de los males que nos hizo sufrir un largo asedio; ni menos te pintaré los horrores de aquella noche fatal, en que los traidores dieron paso á sus hermanos, que dando alaridos como bestias salvages, se estendieron por las calles de la ciudad sorprendida, el hacha en una mano y la tea incendiaria en la otra. Fiel, aun despues de perdida toda esperanza de salvacion, la guardia árabe sembró con sus cadáveres las escaleras del palacio, que el Emir, bizarro y esforzado,

no rindió á los rebeldes hasta exalar el último aliento de su vida. Mi padre y mi tio perecieron entrambos en la primera linea, despues de haber roto sus cimitarras en los cráneos enemigos; yo mismo caí cerca de ellos, bañado en mi propia sangre, y mis ojos, que la muerte pareció haber así cerrado, no vieron al menos el triunfo de los tigres de Africa, y la carniceria de mis hermanos.

Quando volví en mí, ¡ah! jamás olvidaré la vision encantadora con que mis ojos fueron deslumbrados. Yo estaba acostado en una hamaca ligera suspendida de las ramas de un plátano, cuyo espeso follaje, agitado blandamente por la brisa, dejaba penetrar por intervalos los rayos del sol. A la derecha estaba sentada mi madre, apretando una de mis manos entre las suyas. A la izquierda una jóven ojinegra estaba de pie, é inclinada sobre mi cama, me hacia aire con un abanico de plumas. Aquella luz inesperada que hirió mi vista, aquellas ramas verdes que me cubrian con su sombra, aquellas dos mujeres que me rodeaban, una de las cuales habia sido el objeto de toda mi ternura en el mundo, mientras que la otra me parecia una huri del cielo; todos estos objetos transportaron en éstasis mi alma; y creí que el ángel de la muerte habia borrado mi nombre del libro de vida, y que habia sido conducido á aquella morada bienaventurada que Allah promete á los que mueren por la fé. Y fijando mis ojos en aquella hermosura celestial, al ver brillar de repente en sus labios una sonrisa de alegría, me pareció distinguir en sus facciones no sé qué semejanza confusa con el objeto de un cariño pasado; y que era la sonrisa, las dulces miradas de la tierna compañera de mi infancia. Pero poseido siempre del mismo delirio, imaginé que el ángel de los ángeles de Allah encargado de mi servicio, y á quien estaba confiado el cuidado de mis placeres en la mansion eterna, habia querido mezclar algun dulce recuerdo de la tierra con mi felicidad en el cielo.

Me contaba aun en el número de los vivientes. Despues del saco del palacio, habia venido mi madre con otras madres, y otras esposas, á recoger los cadáveres de su esposo y de su hijo; y aplicando sus labios á mis labios, conoció que yo respiraba aun. Ocultando su gozo, me puso en las espaldas de un criado fiel que me sacó de aquel lugar de desolacion. Nuestras casas estaban saqueadas, y me conduxeron fuera de los muros de la ciudad, como un muerto á quien se lleva á enterrar. Pero la pobre viuda no habia olvidado á la pobre huérfana. Ella sacó de los escombros de su casa humeante á la triste Leila, que habia escapado á la brutalidad de los vencedores, ocultándose en uno de los silos, de que están provistas nuestras casas, y las dos me acompañaron al salir de la ciudad. Madre y prima tenían el derecho de acompañar mi feretro; y escapando así, á favor de una ley religiosa y siempre respetada, de las garras de los bárbaros devastadores de nuestro pais, llegamos al valle de Adjiad, en donde estaba el jardin de mi padre y su casa de campo.

Allí fue donde volví á abrir los ojos; allí donde mis heridas fueron lavadas con el jugo de plantas balsámicas, y en donde se cicatrizaron bajo la mano bienhechora de mis dos ángeles tutelares (1). Pero tambien fue allí donde mi corazon recibió una herida que no se cerrará sino con mis párpalos.

Quando Leila era una niña, niño yo tambien, la habia amado con el amor de hermanos; pero ya que era hombre, veia en ella una virgen digna de reinar en el harem de los califas. Tenia un talle esvelto y flexible como una palma joven que aun no ha dado fruto, y su porte era

(1) Leila, significa la noche, la oscuridad, el misterio.

(1) Los musulmanes han conservado y conservan aun la creencia de los ángeles de guarda.

como el de una nube que atraviesa los cielos sin lentitud ni celeridad. Su larga cabellera negra habría podido servirle de vestido, como la de nuestra madre *Havah*, cuando fue expulsada del jardín de Eden. Bajo los arcos de sus cejas y por entre las plumas de seda de sus pestañas, sus ojos echaban miradas mas dulces que el fruto de la higuera; mas penetrantes que la flecha de dardo agudo, y sus labios de cubres parecían descubrir dos hilos de perlas, cuando para sonreírse, se abrían como las hojas del boton de anémone con el rocío del cielo. Su corazón era tan puro como el aire refrescado por la tempestad, tan tierno como la nieta que se deshace en arroyos entre los dedos que la oprimen. Dotada de un entendimiento feraz como la tierra de los valles, y que su padre, esmerado jardinero de inteligencia, había fecundizado con las semillas de la sabiduría, habría podido competir en saber con los ancianos de nuestros divanes. Algunas veces, después que sus manos habían cubierto con un bálsamo consolador las heridas de mi pecho, para endulzar las angustias en una larga convalecencia, tomaba un laud de siete cuerdas, y cantaba con una voz mas dulce y sonora que la del ave de la noche los versos de nuestros poetas que ella adornaba con el ritmo de su canto. Otras veces enlazando con un largo velo, ya sus cabellos ondulantes, ya su esvelto talle, ya sus ágiles y delicados pies, imitaba con gracia y castidad los bailes de las hijas del Oriente.

Pero ¿qué hago yo, oh hijo de El Mansur? ¿a qué esforzarme para delinear un retrato que mi imaginación puede muy bien concebir y pintar, pero del que mi lengua no podrá esprimir mas que una imagen imperfecta? No has comprendido tú ya, que el cariño de los primeros años, el reconocimiento, la solicitud, su belleza, sus virtudes, habían encendido en mis entrañas ese incendio voraz que se llama amor? —

Habiendo pronunciado esta palabra, y bajado al suelo los ojos, como si hubiese hecho la confesion de un delito, Yesid comulcaba por algunos momentos. Desde que principió á hablar de Leila, su voz habia adquirido mayor fuerza, aunque era trémula; sus labios se habian sonrojado, y sus miradas brillaban con un fuego inusitado. Apetándole la mano como para animarle, y en señal de simpatía, Abd-El-Malek miraba con sonrisa el semblante de su médico, austero y frio por complexion, pero en donde de repente se entralaban el fuego de un alma ardiente y por largo tiempo comprimido, que encuentra al fin otra alma en que esperearse. Yesid, mas sereno, continuó de esta suerte. —

Cuando tú desembarcaste en el puerto de Tandjah (1), acandillando el ejército victorioso del Califá, con tanta prontitud, que los rebeldes no tuvieron noticia de tu salida de Córdoba sino por tu llegada á nuestras costas, ya habia yo dejado el lecho de mi enfermedad, y principiaba, apoyado en el brazo de mi madre, á aventurar, como un niño al salir de su cuna, algunos pasos vacilantes. Las noticias de la llegada de mis hermanos, de sus rápidos triunfos, de tu victoria, que aterró á nuestros enemigos, de tu magnanimidad, que los hizo arrodillarse á tus plantas, seaharon de valverde la vida. Pude verte entrar en Fez, triunfante y misericordioso, para restablecer el trono de los hijos de Omeyah sobre las bases del poder y de la clemencia; pude incorporarme en tu séquito y con los vencedores, en la misma ciudad de donde hacía poco habia salido envuelto en una sábana, y conducido en las espaldas de un esclavo.

Entonces fué ¡triste de mí! cuando en ese mismo mo-

mento de público regocijo, se desvaneció toda mi felicidad. Los cuidados esmerados á que debia mi curacion habian sido prescritos por la ciencia, á la ternura de mi madre y de mi adorada Leila. Un célebre médico de Fez, Yacub-ben-Zacariah, apellidado Eschschahí (1), amigo de mi padre antes de nuestros desastres, y respetado, por su grande nombre, por los mismos Bereberes, habia ido varias veces á visitarme en secreto al valle de Adjad; y con hábil mano habia puesto en mis heridas unas veces la punta de un hierro ardiendo, y otras las esencias de plantas molidas. Pero en las horas que pasó á mi calceca, habia visto á Leila, cuyas miradas inquietas y suplicantes espianaban en sus ojos y acciones el decreto de mi vida ó de mi muerte. Y quién puede ver á Leila sin amarla!... Yesid, no pudo ahogar un profundo suspiro, é interrumpió su narración por segunda vez.

Una noche, continuó, (era la del día en que vi las puertas de Fez abrirse á tu llegada), nos llamó mi madre á los dos, y nos pidió que escuchásemos con atencion sus palabras. De la expresion de su semblante grave y solemne me fué fácil comprender que se trataba de un asunto importante á nuestra suerte, y mi corazón se afectó extraordinariamente, porque leía en sus ojos mayor aliecion que gravedad.

Ella nos dijo: "Hijos míos, la suerte de todos los humanos está escrita desde antes que nazcan en el libro de vida, y frecuentemente por vias ocultas, pero siempre ciertas, se cumplen los decretos del Todopoderoso. ¿Cuántas veces la desgracia de uno ha producido la felicidad de otro? Nuestra ruina y los dolores, ¡ó hijo mio! pueden ser para Leila el escalón de su elevacion; y cuando ella haya subido á la cúspide de la fortuna, nos tenderá á su vez su mano bienhechora. El Docto Yacub, el amigo de mi esposo y el salvador de mi hijo, me habló ayer en secreto, y me dijo:

"Viuda de Ayub, tu sobrina Leila cuenta ya doce años cumplidos; y esta es la edad en que toda mujer debe salir del celibato. La religion y el honor la imponen el deber de casarse. Ella es hermosa, es afable, y siempre ha respetado á sus padres. ¡Feliz el padre de los hijos que ella dé á luz! ¡felicis los hijos que puedan llamarla madre! Yo me dirijo á tí, que eres la cabeza de la familia, y la encargada en su inexperiencia, de regular la colocacion de sus miembros; ¿quieres darme á Leila por esposa?... Yo tengo en la actualidad tres mujeres legítimas, con quienes me he casado sucesivamente, segun se ha ido arrentando mi salud; permitiéndame la ley del profeta hasta cuatro, podría sin perder las que tengo, casarme con tu sobrina. Mi casa es bastante grande para que cada una de ellas pueda tener su habitacion separada de las otras, y yo tengo lo necesario para dar á cada cual su mesa, sus vestidos y sus esclavos. Pero Leila merece poseer sola el afecto y las caricias de un esposo. Si tú me prometes su mano, ella reinará sola y exclusivamente en mi casa; porque al momento repudiaré mis tres mujeres actuales. Tú sabes que una palabra de mi boca basta, sin otro motivo que mi voluntad, para romper los vínculos que las ligan conmigo. Yo puedo repudiarlas todas á la vez, como habria podido casarme con ellas en un mismo momento. Yo las daré los dotes que me han traído, y agregaré á ellas para su consuelo, un don nupcial posterior bastante considerable para que con facilidad encuentren nuevas marido. Cuando hayan transcurridos los tres meses de retiro que la ley les impone, y durante los cuales pudiendo readmitir las esposas repudiadas, no puedo casarme con ninguna

(1) Tanger.

(1) El que proporciona la salud.

otra, daré á Leila el ramillete de arrayau y el anillo. Entonces me comprometeré por juramento escrito, ante los *Hadhah* y los *Adalek*, á no tomar otra mujer por esposa mientras que ella lo sea mía. Yo no quiero de tí ni dote ni regalo. Despojada de todas tus riquezas, reducida al estado de viudez y á la pobreza, ¿qué podrías tú ofrecerme? apenas el dote que Aly, el santo en Dios, recibió de Mahamed con su hija Fashamah. La ciencia y mi trabajo me han enriquecido, y cada día aumenta mi caudal y mi reputacion. Yo daré á tu sobrina tal dote nupcial, pondré en las salas de su casa tantos esclavos, éunuco y criadas, en sus collares en su garganta, tantos brazaletes en sus brazos y tantos *jarjal* en sus piernas, y en sus mesas tantas especies de dulces, que su suerte será envidiada por todas las mujeres, excepto las que viven en el palacio de Medinas-Ez-zahra. Reflexiona mi proposicion, infórmate, toma consejo de tu prudencia; y pasado que sea el espacio de siete noches, dame parte de la decision que el cielo te haya dictado."

Mi madre permaneció silenciosa despues de esta narracion; y agregó despues con voz conmovida. Por vuestra boca; ¡ó hijos míos! aguardo el mandato del cielo.

Desde sus primeras palabras, me sentí herido como de un rayo; y cuando concluyó, en vano quise poner en movimiento mi lengua. Inmóvil, pálido, y sin aliento, sentia el sudor frio del terror helar mis sienes, y la mano de la pena, que me oprimia la gargata, impedía todo paso á mi voz. Leila, tranquila y serena, abrió sus labios para responder; y yo dispuse mi alma para morir.

¿Madre mia, la dijo (porque tambien ella la daba este dalcenombre), permite la ley del profeta el casamiento entre los hijos de los hermanos?

Sí, hija mia, respondió Fatmah, antes de haber comprendido el sentido de la pregunta; y despues se callaron las dos, sonrojándose, y confusas de haber descubierto con una sola palabra, la una su ternura secreta, la otra sumas vehementemente deseo. Yo me hincé de rodillas, é incliné mi frente en el polvo ante las plantas de Leila; y ella me hizo levantar, dándome á besar despues la punta de su velo.

Yo habia pasado sin intervalo del sétimo tormento del infierno á la octava bienaventuranza del paraíso. Sin embargo mi gozo era grave, porque estaba cargado con el peso del reconocimiento, y yo media ante mi toda la extension de la senda de mi deber.

Leila, (exclamé yo, levantando las manos sobre mi cabeza, como aquel que pone al cielo por testigo de sus palabras.) Leila, yo acepto tu fé, y te comprometo la mia. Pero no acepto tu completo sacrificio. Tú no tendrás por esposo un hombre pobre, desconocido, digno á lo mas de compasion. Aquel á quien tú me preñares debe al saber sus riquezas y su reputacion; pues bien; yo dejaré la armadura de guerrero; iré á las escuelas de Europa y del Asia á aprender el arte bienhechor de curar las enfermedades de los hombres; me haré célebre, me enriqueceré, y yo te ofreceré lo que él te ofrecia, y tú recibirás de mí lo que tú has rehusado de él.

Mi madre habia llorado de alegría al oír las palabras de Leila, y sus lágrimas corrieron tambien al oír las mías. Se enorgullecía de que su hijo no se hubiera dejado vencer en generosidad, y su orgullo maternal se resignaba noblemente á compartir mi sacrificio. Cogió nuestras manos, las unió entre las suyas, y rogando por nosotros al cielo, protector de los intentos generosos, echó sobre nuestras cabezas su bendicion.

Desde aquel momento se decidió nuestra suerte. El docto Yacub recibió por respuesta que mi padre y mi tío

se habian prometido mutuamente desde nuestro nacimiento de casar á sus hijos, y que nosotros habíamos ratificado la obligacion contratada por nuestros padres. En aquella época, ¡oh hijo de El Mansur! disponiéndote á dejar el Magreb sometido y pacificado, propusiste el traer en tu compañía y bajo de tu proteccion y amparo a la capital del imperio, los hijos de los nobles árabes que habian sucumbido entre las ruinas del palacio de Fez, y el dotar á estos huérfanos con un patrimonio precioso é inestimable, la instruccion de las escuelas celebradas de Córdoba. Yo me presenté de los primeros, y tú me admitiste, por el nombre de mi padre con distincion; y pocos dias despues, resiguado el corazon, pero hinchados los ojos con las lágrimas que habian derramado á torrentes en el último adios, dejé la tierra de Africa para embarcarme en el mismo vapor que te conducia. La viuda y la huérfana se quedaron en el valle de Adjad.

Lo demas, tú lo sabes. Algunas ventajas debidas á la perseverancia de un trabajo sin distraccion, hicieron que me distingüiese entre mis condiscipulos, y obtuve, al salir de las escuelas, la honra de ser escogido para médico tuyo. Desde aquel momento, te acompaño á donde quiera que te conduce el servicio del Estado. Me he granjeado tu confianza y tu amistad. Tu generosidad ha abierto sobre mi cabeza tu inagotable mano: tú has sido conmigo pródigo en beneficios, como una madre es pródiga en caricias para con el hijo que alimenta en sus pechos. Mi corazon agradecido se ha consagrado á tu servicio; yo llenaré piadosamente el deber de fidelidad, y como un centinela alerta velaré por tu vida, precioso depósito, de que tengo que dar cuenta al Imperio. Pero no te cause enojo, ¡oh mi bienhechor! el que penas punzantes mezclen su amargura con los perfumes de gloria y de placer que respicó en tu compañía. Cada vez que un enviado de Fez trae á tu glorioso padre noticias de nuestras provincias africanas, una carta, depositario discreto de pensamientos dulces y amargos, viene á recordarme lo que no olvido yo ni un solo momento de los de mi existencia; que mas allá de los montes y de los mares, y en la soledad y el abandono gimen inconsolables una madre privada de su hijo único, y una virgen de miradas dulces, víctima voluntaria de un casto y generoso amor. Reflexiona que la una es mi madre y la otra mi amada; reflexiona que yo miro así el espacio que nos separa, y que sufriendo mi propia afliccion, sufro tambien la suya, de que soy la causa y el objeto; piensa, en fin, en el número de lunas que han alumbrado nuestras noches, desde que el destino cruel nos tiene condenados á las penas de la ausencia, y á la vergüenza del celibato; y no te asombrarás seguramente de ver en una cara que sombreá apenas una barba naciente, los labios pálidos, las mejillas macilentas, los ojos secos por el insomnio y por las lágrimas."

Aquí seahó Yesid la historia de sus penas; y un profundo silencio siguió á su narracion. Abd-El-Malek dirigió una mirada afectuosa al amante de Leila, y con aquel tono que hace parecer profética á la amistad: "Hijo de Ayub, le dijo, está escrito: Pon tu confianza en el Señor; jamás frustra una justa esperanza."

(Se concluirá.)

L. VIARDOT.

POESIA.

LETRILLA.

Yo soy un hombre de honor,
que aunque muy enamorado,
jamás he experimentado
de las damas el rigor:
en todas hallo favor,
gratitud, y cuanto quiero....
Pero me cuesta el dinero.

Sin ser hábil ni gracioso,
entendido ni discreto,
con cualquier mujer me meto,
y al fin salgo victorioso;
todas en verme obsequioso
ponen el mayor esmero....
Pero me cuesta el dinero.

Dicenme que tengo estrella;
yo confieso que es verdad,
pues cuando mi voluntad
se dirige á una doncella,
suelo hacer que el tutor de ella
de nuestro amor sea tercero....
Pero me cuesta el dinero.

Entro en alguna visita,
digo dos mil necedades,
y capto las voluntades
de la vieja y la moza;
pues con cierta agua bendita
conjuro á todos primero....
Pero me cuesta el dinero.

La que mas se enseñorea,
la honrada, la disoluta,
la desdenosa, la astuta
y la que menos me crea,
aunque mis engaños vea
me quieren.... por embustero....
Pero me cuesta el dinero.

Para tratarlas, abrigo
no busco, aun en tierra estraña,
pues consigo con mi maña
hacer cosas que no digo,
y á pocos lances consigo
se inclinen al forastero....
Pero me cuesta el dinero.

Oigo hablar en mi alabanza
por donde quiera que voy,
y todas dicen que soy
un muchacho de esperanza:
que tengo buena crianza
y muchísimo salero....
Pero me cuesta el dinero.

Cuando mas que yo arrogante
quiere cantar otro gallo,
con las astucias que collo
hago que tome el portante,
y que me deje al instante
por amo del gallinero....
Pero me cuesta el dinero.

F. V.

FILARMONÍA.

HEMOS visto el precioso album que con el título de *Primeras inspiraciones musicales* (1) acaba de ofrecer al público la señorita DOÑA PAELINA CABRERO Y MARTINEZ, una de nuestras primeras notabilidades filarmónicas de salon; la cual, no satisfecha con los muchos y merecidos laureles que adornan su frente juvenil, debidos á su indisputable mérito en el canto, ha debido aspirar á mas alta corona, la corona del genio y de la noble inspiracion.

Este instinto musical, esta voz innata de su corazon no la han engañado por cierto; y desde los primeros pasos que da hácia el templo de la gloria, demuestra bien á las claras que va guiada por aquella luz solo perceptible á los ojos del genio verdadero, y que matiza de flores el áspero sendero, donde la vista vulgar no alcanza á distinguir mas que espinas y bosques impenetrables.

Ocho son las composiciones contenidas en esta primera obra de la señorita de Cabrero, y en todas ellas se revela, no solo á los inteligentes, sino á los del público en general (que tambien lo es, y acaso mas que los artistas en lo que dice relacion á los afectos del ánimo) una profundidad de inspiracion, un sentimiento de ternura muy semejante á la que tan amenudo domina en las sentidas composiciones de Bellini. La buena sociedad madrileña que ha tenido ocasion de escuchar aquellas mismas composiciones en boca de su bella autora, sabe muy bien que no hay exajeracion en esto, y que no son amistosos elogios los que se dan á quien ha sabido merecerlos de todos nuestros compositores mas apreciables y de los célebres extranjeros *Rubini* y madama *Garcia Viardot*.

La señorita Paulina, ademas del servicio que ha hecho con sus trabajos al arte filarmónico español, ha prestado de paso otro no menos importante á nuestro hermoso idioma, demostrando claramente (si ya no lo estuviera al juzgar de todas los hombres pensadores) que el habla de Cervantes es tan propia y adecuada para el canto como la del Tasso y Metastasio; y el Sr. Romero Larrañaga, de quien generalmente son los versos tan dulcemente interpretados por su hermosa prima, puede compartir con ella esta flor de su corona, y servirle de estímulo para intentar un poema lirico donde desplegar sus grandes facultades poéticas.

Finalmente no dejaremos la pluma sin felicitar de nuevo á la jóven cantora por ser la primera que entre nosotros ha aspirado y alcanzado el lauro mas preciado de Euterpe; lauro tan difícil, y que adorna tan pocas frentes, pues hasta en la misma capital de las artes son tan raros los talentos de esta clase y apreciadas por ellos las señoritas *Bertin* y *Luisa Puget*.

ADVERTENCIA.

El jueves 30 de junio, con arreglo á lo ofrecido en el prospecto, se ha repartido á los señores suscritores la última entrega que completa la obra titulada *ESCENAS MADRILEÑAS*, por el *Carloto Parlante*, con las cubiertas del tomo 4.º y el retrato del autor.

Dicha obra que consta de cuatro tomos, con diez y seis láminas y retrato, portadas, y cubiertas grabadas, se halla de venta ya encuadrada en las librerías de Cuesta, calle Mayor, y de Bios calle de Carréas, á 70 reales; y se remitirá á las provincias al precio de 80 reales franca de porte, haciéndose el pedido en los mismos puntos donde se suscribe el Semanario.

Los suscritores que aun no hubiesen recogido algunas entregas, pueden acudir á verificarlo en todo el mes de julio, al precio de suscripcion.

(1) Se vende en los almacenes de música de Lodre, carrera de San Gerónimo, y Carrafa, calle del Principe.